



**PROTECCIÓN DE PERSONAS
DEFENSORAS DE DERECHOS**

"Tejiendo redes por la libertad y dignidad"

La lucha y desafíos por sueños de libertad y vida digna

Historias de vida

4

La lucha por la tierra y la reforma agraria: la historia de **Milton Yulán Morán**





Escuchó un único disparo. El estruendo resonó en la noche. Milton Yulán Morán se asomó por la ventana y vio a un hombre subir a una moto que lo esperaba con su conductor. Ambos partieron en contravía. Aquella bala iba dirigida a Milton.

Bajó apresurado por las gradas. Minutos antes, Marlon había salido de las oficinas de Unión Tierra y Vida para dejar unas frutas en el auto de su tío Milton. Eran cerca de las seis y media de la tarde, en el centro de Guayaquil, en la esquina de Rumichaca y Manabí. Marlon subió al carro, encendió la radio, se bajó y, cuando abrió la puerta de atrás, de pronto un hombre se le acercó, sacó una pistola, apuntó y le disparó en la cabeza.

Cuando Milton llegó a la calle, alguien ya había llamado a la ambulancia. Subieron a Marlon para llevarlo al área de emergencias del Hospital Luis Vernaza. Horas después, en la madrugada del jueves 21 de julio de 2011, falleció. Marlon Lozano Yulán cursaba cuarto año de Economía, era miembro de la Unión de Organizaciones de Pequeños Agricultores Autónomos de la Costa, "Tierra y Vida", y para Milton era como un hijo.

"En ese escritorio se sentaba él", señala con el dedo Milton. "Se encargaba de la prensa, de la juventud en la CEDOCUT, tomaba fotos, era un todólogo", dice, al salir de su oficina, que también es la sede de Unión Tierra y Vida, organización dedicada a defender los derechos de los campesinos a la tierra y la reforma agraria. Milton muestra un cuadro colgado en la pared con fotografías de Marlon, señala su imagen con el dedo: "Ahí está sentado en

una mesa junto al dirigente sindical Mesías Tatamuez. Acá levanta a su pequeña hija; este 2025 cumplirá 18 años, es buena estudiante y le gusta el ballet", comenta sonriente. Pero su voz decae cuando habla de las investigaciones sobre la muerte de Marlon.

Sostiene en sus manos una carpeta verde de cartón titulada *Marlon Lozano Yulán, julio 2011*. Dentro guarda la denuncia, trámites, recortes de periódicos... y ninguna respuesta.

"La muerte de Marlon nos marcó, tanto a la vida como a la organización", dice Milton, al explicar que lo más duro que ha vivido en la lucha por la tierra es la muerte. Entre 2009 y 2011 asesinaron a cinco campesinos: Gabriel y Javier Tomalá fueron baleados cerca de las seis de la tarde del 18 de noviembre de 2009, en el predio Bélgica, en Naranjal. Guillermo Quiñónez Grueso, presidente de la Asociación de Trabajadores Agrícolas Progreso del Río Tiwa, fue sacado de su casa y asesinado el 30 de enero de 2010; defendía la legalización del predio María Caridad, en Pedernales. Alfonso Coral Baquerizo, presidente de la Asociación de Montuvios Voluntad de Dios de Pueblo Viejo, salía de una reunión cuando le dispararon en el rostro, el 12 de septiembre de ese mismo año en Urdaneta. Dos días después, también asesinaron a José Vicente Desiderio Torres, presidente de la Asociación Agrícola El Chorrillo, de Pascuales.

Su voz decae cuando habla de las investigaciones sobre la muerte de Marlon.



Sus nombres reposan en los archivos de Tierra y Vida, que Milton custodia con cuidado en su oficina. Aquella mañana fría de noviembre de 2024, saca los documentos de sus cajones y los extiende sobre la mesa: archivos con anotaciones, recortes de prensa de color sepia, informes de organizaciones y listas de predios trabajados y cultivados por campesinas y campesinos, pero que aún están en disputa legal. Tierras en posesión, con trámites en fideicomisos, en el Banco Central o en la Subsecretaría de Tierras del Ministerio de Agricultura. Tierras campesinas.

Entra a su oficina y lo sigo. Al fondo, un librero desborda de carpetas que datan desde la década de los setenta, cuando su padre —también campesino— se organizó en la Cooperativa El Tigre para defender la tierra. Hasta hoy, muchas familias siguen sin tenerla. Junto al librero cuelgan dos chaquetas: “*Por si tengo que salir a una audiencia de emergencia*”, explica, mientras teclea en su computadora.

A Milton no le gusta vestir formal ni usar corbatas; prefiere llevar camisa, jeans y zapatos deportivos o casuales. Fue el primero en graduarse de abogado en su comunidad y familia. Lleva más de cuarenta años litigando en conflictos de tierras y tiene 63 años.

Salimos de Tierra y Vida. Desde la muerte de Marlon, Milton prefiere no quedarse hasta muy tarde en la oficina ni llegar demasiado temprano. Afuera se escuchan los pitidos de los autos, los voceadores de chatarra vieja y la salsa en la radio. En la vereda, unos hombres preparan monigotes para fin de año, mientras otros arruman cajas de cartón con centenares de focos y lámparas recargables para los cortes de luz que pueden durar cuatro, doce o hasta catorce horas. Ecuador vive a oscuras desde agosto del 2024. Ahora, los focos y las linternas se buscan como en su momento las mascarillas y el alcohol durante la pandemia. Otros vecinos empiezan a bajar las puertas metálicas de sus negocios. Con los apagones, el sicariato, los secuestros y las “vacunas”, Guayaquil se despuebla cada noche y vuelve a poblarse cada mañana.



Tomado de: <https://sobrevivientes.planv.com.ec/marlon-rafael-lozano-yulan>

La lucha por la vida

Cuando Milton habla de la tierra, habla de la vida, del derecho a producirla, del derecho a la alimentación y de que el trabajo agrario sea un medio de subsistencia para vivir con dignidad. Repite que la lucha por la tierra *es la lucha por la vida*.

Acompañado por el retrato y la silueta del Che Guevara en su oficina, Milton recorre los surcos de su memoria. Nació dos años después de la Revolución Cubana y tres antes de la Ley de Reforma Agraria de 1964. “*En el país y en la región se vivía una época de mucha efervescencia*”, dice, emocionado de haber sido parte de ese momento.

Vino al mundo en una casita de caña en la Hacienda Bellavista, Samborondón, una mañana de invierno, el 9 de abril de 1961, asistido por una partera. Según cuenta su madre, ese día su padre había salido de fiesta. Sonríe al recordarlo.

Milton aprendió a escribir con la mano izquierda, pero su profesora —bisabuela de un primo— le ataba la mano para obligarlo a usar la derecha. Aun así, él siguió escribiendo con la izquierda. No imaginaba entonces que aquella terquedad por lo izquierdo no sería solo cosa de su caligrafía, sino que pronto germinaría también en su corazón un pensamiento político que, como su mano, jamás abandonaría el sendero de la izquierda.

Para sus padres era importante que él y sus cinco hermanos aprendieran a leer y a escribir, aunque ellos nunca lo hicieron.

Su padre trabajaba en la Hacienda Bellavista como *precarista*, explica Milton al referirse a esta forma de explotación:

“Tú eras el dueño de la hacienda y yo te arrendaba un pedazo de tierra para sembrar arroz; por el alquiler de las cuadras (menos de una hectárea), debía pagarte cerca de diez sacos de arroz. Además, estaba obligado a venderte la cosecha. ¿Te imaginas a qué precio? Encima, tu esposa era dueña de la tienda, y todo lo que se fiaba se anotaba; en la época de cosecha se llevaban el producto”.

“*Fue terrible esa situación*”. Dice, sentado en una silla del salón de reuniones de la organización. Había llegado a las ocho de la mañana para la entrevista y ahora esperaba a Raquel Silva, directora de la organización, y a su colega de toda la vida, el abogado José Herrera. Él, me contaría lo peligroso que se ha vuelto todo.

Con los apagones,
el sicariato, los
secuestros y las
“vacunas”, Guayaquil
se despuebla cada
noche y vuelve
a poblarse cada
mañana.



A compañeros campesinos los han asesinado, secuestrado. A menudo quieren apartar a los abogados. Hay temor de que fuerzas externas busquen opacar la vida. Es algo que se percibe en el ambiente, por reclamar los derechos que nos corresponden. Las fuerzas económicas quieren sacar a los campesinos y a los abogados.

En ese momento, Raquel entra a la oficina. Milton la saluda, “Raquelita les estoy contando la historia de mi vida”. Ella sonríe, “hay que traer unas...”, dice sin terminar la frase, y se va.

La Reforma Agraria de 1964 dispuso eliminar estas relaciones precarias de trabajo; en la costa funcionaba el *precarismo* y en la Sierra el *huasipungo*, pero la ley no se aplicó. El padre de Milton y sus compañeros formaron la Cooperativa El Tigre, como hicieron decenas de campesinos en otros lugares. Se organizaban y convocaban reuniones; su padre no podía asistir porque trabajaba mucho, así que preguntó a los dirigentes si Milton podía ir en su lugar. Ahí conoció a los dirigentes, escuchó sus debates y leía los periódicos de organizaciones campesinas y sindicatos. Otras veces, en casa, igual que su papá, se colgaba a la radio para sintonizar programas sobre tomas de tierra, desalojos y luchas campesinas; además de seguir lo que pasaba en la política nacional, le interesaba lo que ocurría en otros países del continente como Cuba o Chile.

Sin respuestas, la lucha por la tierra se radicalizó con la consigna “¡Con ley o sin ley, haremos la reforma agraria!”. El presidente José María Velasco Ibarra se vio obligado a emitir el Decreto 1001, que para Milton es lo mejor que ha existido en materia de reforma agraria en el país, pues ordenaba intervenir

La Reforma Agraria de 1964 dispuso eliminar estas relaciones precarias de trabajo.

las tierras dedicadas al trabajo precario y distribuir haciendas a las personas campesinas. Pero, otra vez, la norma quedó en meras palabras.

Un día, la Asociación de Campesinos del Litoral (ACAL) y otras organizaciones decidieron trasladarse a Guayaquil. Milton asistió en reemplazo de su padre, se subió a un bus rentado y llegó a la ciudad para una reunión de trabajo. Entró al edificio del Instituto de Desarrollo Agrario (IERAC) —hoy Subsecretaría de Tierras y Reforma Agraria— y se asomó al balcón. Desde ahí vio a sus compañeros en la calle: *era la toma del IERAC*.

En la radio se dijo que había heridos y detenidos. “Mi papá me contaba que no sabía dónde meterse, se sentía responsable porque no sabía si yo era uno de los presos. No había teléfono, no podía estar seguro. Mi mamá lo recriminaba”, explica Milton. Aquella fue su primera toma. Tenía unos 14 años.

Milton se ganaba la vida sembrando arroz. Le pagaban por tareas y, con ese dinero, estudió la primaria en la escuela Victoria Campesina y luego fue al colegio. Los primeros años de secundaria fueron agotadores: se levantaba de madrugada para trabajar en la parcela hasta las diez de la mañana, volvía a casa, se bañaba, comía algo y salía a clases en Guayaquil. A veces, se escapaba a las seis y media de la tarde para tomar el último bus a Samborondón y llegaba con candil a las ocho de la noche. No había nadie y no podía hacer deberes.



Para apoyarlo, su padre construyó un cuarto en Pascuales para que Milton no tuviera que viajar tantas horas. Con la mediagua lista, se mudó y empezó a estudiar Ciencias Sociales. Ahí conoció a su mejor amigo y se formó de la mano del escritor Juan Carlos Calderón Chico. Leyó a Marx, Agustín Cueva, Manuel Agustín Aguirre y aprendió dónde estaban las “huecas” para conseguir libros.

Pensó en estudiar Economía en la universidad, pero había escuchado que los abogados ayudaban a la Federación Nacional de Organizaciones Campesinas (Fenoc), hoy Fenocin. Se preguntaba qué haría él con Economía y recordaba que, cuando estaba con sus amigos de la comunidad, le pedían sacar el récord policial, la partida de nacimiento o algún otro trámite: *“Me fue gustando lo que hacía y, como ya tenía el ‘bichito’ de la Reforma Agraria, decidí estudiar Derecho”*.

Elvia Vargas

Casi es mediodía. Elvia Vargas, presidenta de la Asociación La Nueva Revolución —que lleva 17 años luchando por la legalización de sus tierras— nos espera en los predios de Las Mercedes, en la vía Durán-Boliche.

Durán se ubica en la ribera del río Guayas, con unos trescientos mil habitantes; la violencia se ha agudizado allí desde febrero de 2022. Actualmente, es una de las ciudades más violentas del país, pero también un lugar de resistencia.

Antes no había tanto cuidado para ir a territorio. Ahora, Milton organiza cada detalle. Junto con Raquel y Milton bajamos de la camioneta: hace 30 grados en Las Mercedes, la tierra está agrietada por la sequía y aún se ve la paja restante de los arrozales. En mayo terminó la cosecha; ahora, con tractor y aplanadora, nivelan el terreno para la próxima siembra. Cada hora de maquinaria cuesta cincuenta dólares, comenta Elvia, antes de llevarnos a otra cuadra. Milton vino preparado y se pone su sombrero.

Llegamos a una casa de caña. Elvia y Raquel destapan un tanque de 30 galones. Al fondo están los bioles, abono orgánico que aprendieron a elaborar para nutrir la tierra en diciembre. El arroz es el segundo alimento más consumido en el mundo después del trigo y uno de los principales de la canasta básica. Pero, a veces, el precio que pagan no es justo.

Con un machete improvisado, el administrador de la asociación en los terrenos de Las Mercedes, Manuel Ipo, corta un racimo de verde. Lo desprende del tronco y lo carga hasta la casa de caña, junto a los árboles de mango. Este mes cosechará mangos de chupar y los rojizos grandes de la variedad Tommy Atkins. Manuel lleva 17 años produciendo la tierra, sembrando arroz, yuca, papaya, tamarindo...



Actualmente Durán es una de las ciudades más violentas del país, pero también un lugar de resistencia.

Todo empezó con el “Plan Tierra”. En octubre de 2009, este proyecto, al igual que en 1964, buscaba intervenir la tierra para lograr una estructura de tenencia más equitativa. Se prometió intervenir cerca de 2,5 millones de hectáreas en cuatro años. —La región Costa presenta los niveles más altos de concentración de tierras —escribió Milton en 2013.

Uno de los predios intervenidos fue Las Mercedes, donde muchas familias campesinas y ganaderas, ya en posesión o en arriendo, formaron asociaciones. En julio de 2008, la Agencia de Garantía de Depósito (AGD) incautó 95 empresas vinculadas a Filanbanco S.A., propiedad del grupo Isaías, incluida Las Mercedes. La AGD, custodiada por militares, amenazó con desalojar a las asociaciones, desconociendo las garantías de posesión. También aparecieron traficantes de tierras que quisieron apoderarse del predio.

Doce años después de implementarse el Plan Tierras, la situación no ha cambiado.

“Las políticas redistributivas que permitirían el acceso del campesinado a la tierra, como lo expresa la Constitución, quedaron en letra muerta (...) y, con la implementación clientelar del Plan Tierras, se impulsó el mercado de tierras al transferir, sin subsidios y a precios impagables, las tierras a familias campesinas”.

Así escribieron Milton, junto a Daniela Andino y Gloria Holguín, en su libro *El derecho a la tierra en la Costa ecuatoriana: más allá de un ofrecimiento de campaña*, publicado en 2022.

Milton insiste en que el país necesita una reforma agraria que contemple la distribución de tierras, una que provea tierras para que las familias campesinas las trabajen: **“No a mucha tierra en pocas manos y poca tierra en muchas manos”**.

“La tierra es un derecho humano, porque si las familias campesinas no tienen tierra o disponen de muy poca, no pueden producir los alimentos suficientes para abastecer las mesas de las familias ecuatorianas”, explica Milton.



Hacía tiempo que Milton no visitaba este territorio; no es seguro. Hay carros sin placas que rodean los predios. Este terreno cuenta con 2.147 hectáreas y está entre el cantón Yaguachi y Durán. De ellas, cerca de 350 hectáreas las ocupan los campesinos: 171 trabajadas por La Nueva Revolución, 68 por la Asociación Fe de Campesinos y 42 por la Asociación Asovancon.

Milton patrocina este caso que afecta a más de 500 personas y que volvió a sonar por las denuncias de tráfico de tierras contra un exasambleísta, acusado de apropiarse de un macrolote de mil hectáreas en Las Mercedes, y también por la acción de protección presentada por los hermanos Isaías, quienes buscaban la restitución de sus bienes mediante dos resoluciones judiciales cuestionables. Sin embargo, el 17 de diciembre, la Corte Constitucional dejó sin efecto esas sentencias de primera y segunda instancia, fallando a favor de las familias campesinas. Ahora esperan que el Ministerio de Agricultura y Ganadería, actúe con prontitud, y emita los títulos de sus tierras.

La persecución

La bala que mató a Marlon iba dirigida a Milton. Esa es la hipótesis que se maneja en Unión Tierra y Vida. *"Fue un atentado contra el abogado Milton"*, dice Elvia. *"Por respeto, no hemos preguntado detalles. Pero esos días él estaba muy deprimido, triste, reservado"*.

Un día antes del asesinato, una supuesta pareja llegó a la sede de la organización. Milton no pudo atenderlos porque estaba en una reunión. Esa misma tarde, una mujer lo llamó por teléfono y nuevamente él dijo que no podría recibirla. Una hora después, ella apareció sola en la sede, alegan-

do que quería contratarlo para una demanda de divorcio con separación de bienes y pidió que la acompañara al sur de la ciudad a tratar el tema. Milton le explicó que no llevaba ese tipo de trámites y la mujer se fue. Milton sospechó y miró por la ventana: la vio entrar a una cabina telefónica en Manabí y Rumichaca y luego perderse entre la multitud.

Aquella misma tarde, cerca de las seis y media, Milton bajó de su oficina y caminó hacia su vehículo, como hace hasta hoy. Se subió y notó que un auto lo seguía. Así consta en la denuncia presentada en la Unidad de lo Penal del Guayas.

"Fueron días duros, de dolor y temor. Milton se exilió para proteger su vida. Estuvimos muy preocupados", recuerda Francisco Domínguez, quien conoció a Milton en el año 2000 por intermedio de otro dirigente. Ese año, Francisco llegó a Unión Tierra y Vida buscando al *"abogado de los derechos de los campesinos"*, porque la lucha por el predio Los Ángeles (Cantón Durán) la estaban perdiendo. Milton y su colega asumieron el caso.

"Desde entonces, nunca nos han abandonado", dice Francisco. Aunque Milton se fue, nos asesoraba por teléfono, hacía los escritos y los enviaba. *"Él se ausentó, pero nunca nos desamparó"*, agrega Elvia. *"Tampoco la gente lo desamparó a él"*.

Un viernes de agosto, a inicios de los noventa, Milton bajó a mediodía de su oficina. La señora del quiosco vendía sus famosos encebollados cuando tres hombres con metralletas lo interceptaron. *"Somos de la Policía Judicial"*, dijeron. Lo subieron a un carro tipo *trooper*. La vendedora corrió a avisarle a la secretaria de la organización, y ésta alertó a Quito.

Milton había militado en organizaciones estudiantiles y, desde sus primeros años en la universidad, apoyó a agrupaciones campesinas, trabajó con abogados agraristas y en el momento del secuestro militaba en el Partido Socialista Ecuatoriano. Ante su secuestro, saltaron las alarmas.

Él no entendía por qué lo detenían. El carro avanzaba y, unas doce cuadras más adelante, se estacionó en un taller mecánico. Los hombres lo bajaron, lo encañonaron y subieron a otra víctima: Alejandro Aspiazu, presidente de una asociación; también preguntaron por Aurelio Miranda, procurador común de la Asociación Yamile. Entonces Milton entendió que era por los predio Yamile.

Los llevaron detenidos a Manabí, pero, en el camino, los cambiaron a una camioneta. En ese momento, Milton sacó su credencial de abogado y se la entregó a un transeúnte: *"Llame, por favor. Me llevan detenido; avísele a mi familia"*.

La gente se movilizó hasta liberarlos. Un día después quedaron en libertad.



En casa lo esperaban su esposa y sus hijos, que entonces tenían siete y cinco años.

La gente se movilizó hasta liberarlos. Un día después quedaron en libertad, él y Alejandro.

“Mis hijos sufrieron mucho. Sabían de amenazas, sabían que había enemigos. Significaba que hacíamos las cosas bien para un sector necesitado, y tener el respaldo de la familia, de los campesinos, de la organización... Eso nos ha dado la fortaleza para seguir en esta pelea”.

Una pelea que inició junto a su padre, quien falleció días después de que Milton se graduara de abogado.

“Tenía 45 años, era muy joven, muy joven”, repite Milton, como buscando una respuesta a esa muerte. Durante la pandemia también perdió a su esposa y, cuatro meses después, a su madre.

Francisco Domínguez

De regreso a Guayaquil, Milton sonríe al ver fotos de sus dos nietas. Su celular suena: *“Ya voy para la casa”*, dice, al cruzar el puente de la Unidad Nacional. En 30 minutos llegaremos a Unión Tierra y Vida y en una hora él estará en su hogar. Permanece en constante comunicación con su familia, pues recibe amenazas por llamadas y mensajes.

Cuando no está trabajando, le encanta cocinar, leer, ejercitarse y también releer. Le gusta Isabel Allende, pero le fascinan Gabriel García Márquez y Saramago. Quizá por eso vuelve cada tanto al *Grupo de Guayaquil*, a *La Tigra* y a las novelas montuvias. *“Ahora leo más cuentos”*, comenta Milton, quien además investiga y escribe.

Confiesa que disfruta pasar tiempo con su familia. Sin embargo,

“A veces me pego una escapadita para seguir metido en el tema de la cuestión campesinas. Siempre busco un momento para preparar los escritos de los compañeros a los que hemos citado, porque en la oficina llegan muchas personas o hay llamadas que atender”.

Casi siempre, él es el primero en llegar a Unión Tierra y Vida. Es su trinchera de lucha y resistencia, pero también de esperanza. Saluda a los vecinos, al señor de la zona azul y sube a las oficinas. Revisa correos, los Quipux, conversa con su colega, escucha y se organiza con la gente.

Esa tarde, Francisco, con sus 72 años a cuestas, dice que ha sido una pelea larga:

“Seguimos en la lucha, amenazados por camaroneros. Si va al predio, verá que estamos encerrados con muros de camaroneras; estamos en una isla sin acceso terrestre, solo por río. Nos dicen que nos van a botar, que nos van a desalojar. Mi esposa me dice que no siento el peligro, que un día no regresaré a casa porque me pueden matar”.

Francisco afirma que, por su edad, debería dejar la lucha, pero se pregunta qué pasará con sus hijos y nietos si no continúa. Por eso, envían escritos tras escritos a los ministerios; pocos responden y, cuando lo hacen, deben presentarse en Quito. Milton y su colega redactan cada documento. Sobre la mesa de reuniones, él revisa una hoja tamaño A3 con la lista de predios que acompañan: Las Mercedes, Río Mar, Limoncillo, Piscano, Productos Agrícola Fluminense, Campamento, Santa Ana, San Marcos, Bélgica y muchos más. Algunos casos se resolvieron, otros están archivados. Con desasosiego en la voz, explica que varias familias campesinas fueron desalojadas o que les destruyeron sus casas, como en Monte Sinaí.



No obstante, Francisco sabe que no puede flaquear en su lucha y está convencido de que vale la pena perseverar. Uno de los principales aportes de Unión Tierra y Vida, a lo largo de sus años de existencia, ha sido apoyar la legalización y el acceso a la tierra para numerosas familias campesinas. *“No hemos llevado la cuenta de cuántas familias hemos podido respaldar con nuestro trabajo. Creo que ese es el mejor legado de la organización y que vale la pena continuar”*, explica Milton con orgullo.

Para evitar más desalojos, Milton reitera que el país necesita una reforma agraria que distribuya la tierra de forma equitativa. Sabe que las reglas del juego han cambiado en comparación a las décadas pasadas, porque antes solo se enfrentaban a terratenientes y ahora se enfrentan a empresas, muchas con capitales transnacionales, a banqueros, y élites agrarias articuladas al Estado con intereses extractivistas, lo cual, impone nuevos desafíos a las organizaciones sociales y campesinas.

Para Milton, la Reforma Agraria, en la actualidad, merece un salto cuantitativo que incorpore todas las luchas sociales: *“La nueva reforma agraria es popular e involucra a la familia campesina, a las mujeres rurales, a los jóvenes del campo y de las ciudades, e incluso a la naturaleza”*.

Según Milton, no podemos concebir un nuevo proceso sin establecer vínculos estrechos con los sectores populares de los centros urbanos, donde productores y consumidores consoliden una relación más directa. *“¿se imagina la gente, produciendo, relacionados con los sectores urbanos, comercializando, sin intermediarios, productos sanos? De esta manera vamos a tener salud y una producción para largo”*.

Desde una perspectiva ambiental, Milton es enfático al señalar que, para enfrentar el calentamiento global, las organizaciones deben replantearse la lucha por la tierra y la reforma agraria como un desafío ineludible.

Por último, señala que *defender la tierra es defender el derecho a la alimentación*, porque quienes producen para abastecer la demanda nacional en nuestras mesas son, en su mayoría, personas dedicadas a la agricultura familiar campesina:

“Necesitamos un país que produzca sus propios alimentos en concordancia con su cultura y región, garantizando así la soberanía alimentaria. Un Ecuador donde todas las familias rurales podamos vivir en el campo con dignidad y producir alimentos sanos que nuestro país necesita”.

Para Milton Yulán Morán, la Reforma Agraria, en las condiciones descritas, es una propuesta vigente que no solo logra aglutinar una serie de luchas que podrían desarrollarse por separado —como los feminismos, movimientos de consumidores, animalismos o el ecologismo, agroecología, entre otras—, sino que además las vincula con las reivindicaciones históricas por la tierra, gestadas desde el siglo anterior. De este modo, se fortalece un frente común orientado a la construcción de un nuevo país. Esto lo plantea, mientras vuelve a su computadora para terminar un escrito dirigido a la Secretaría de Tierras. Elvia, Raquel y Francisco retoman la reunión para elaborar una nueva estrategia de defensa de su tierra, su casa, su hogar.



“Necesitamos un país que produzca sus propios alimentos en concordancia con su cultura y región, garantizando así la soberanía alimentaria. Un Ecuador donde todas las familias rurales podamos vivir en el campo con dignidad y producir alimentos sanos que nuestro país necesita”.



PROTECCIÓN DE PERSONAS DEFENSORAS DE DERECHOS

“Tejiendo redes por la libertad y dignidad”

